**La cueva**

Fabiola Sofía Masegosa

Recuerdo que, años atrás, de niña, acostumbraba a ir de excursión con los *Boy Scouts* y cuando llegaba la noche nos reuníamos alrededor de una fogata a charlar, cantar y contar historias, muchas de ellas de miedo…

Pero, un día, en una marcha guiada con pistas, nuestra compañía de la Tropa acabó perdida. Sólo éramos chicas, los padres maristas no dejaban que chicos y chicas nos mezcláramos excepto durante nuestras noches delante del fuego y con vigilancia.

No sé cómo pasó, pura curiosidad sin duda, pero una de las chicas acabó en el fondo de una pequeña, pero profunda cueva y nosotras no éramos capaces de sacarla. Hacía frio, así que, cogimos ramas y se las lanzamos junto con una caja de cerillas para que pudiera encender un fuego y calentarse. Nosotras partimos a buscar ayuda. Tres chicas perdidas en medio de la noche era con lo único que contaba Teresa para salir de su prisión y oscurecía muy rápido. Sentí miedo y aferraba con mi mano el machete de Boy Scout, un arma que por primera vez me habían dejado utilizar para tallar mis fulares y cortar cuerdas cuando cumplí los 13 años.

Caminamos largo tiempo, o eso nos pareció, porque íbamos muy despacio y, de pronto, nos encontramos nuevamente ante la cueva. Estábamos perdidas y dábamos vueltas volviendo siempre al punto de partida. Teresa cantaba desde el fondo de la cueva. No le dijimos nada para no asustarla más, porque su voz sonaba nerviosa. Al tercer intento, ya nos sentíamos sin fuerzas y nos vencía la desesperación. No oímos cantar a Teresa y pensamos que se habría dormido. Hicimos otro intento con el mismo resultado. De nuevo, ante la cueva y el humo que desprendía un olor…

“No es posible”, pensé, “huele a carne asada”. Me di cuenta de que tenía mucha hambre y de que me comería un poco de lo que fuera que Teresa hubiera cazado y puesto al fuego. Saqué mi linterna y alumbré hacia abajo. Mis ojos no se podían creer lo que estaban viendo y, aunque intenté ahogarlo, un grito desgarrador salió de mis entrañas. Esos tipos, se estaban comiendo a Teresa. La habían descuartizado y, gracias a mi grito, nos habían descubierto. Me quedé petrificada mirando a aquel hombre ensangrentado que con un cuchillo continuaba troceando la carne y… En nuestro próximo encuentro ante el fuego, descubriréis el resto.